



# LA HORA DE LA VERDAD

**JESÚS  
CINTORA**

UNA VISIÓN DE LA ESPAÑA  
ACTUAL CON LOS PERSONAJES  
MÁS RELEVANTES

PRÓLOGO DE IÑAKI GABILONDO

  
ESPASA

JESÚS CINTORA  
LA HORA DE LA VERDAD

Prólogo de Iñaki Gabilondo



© Jesús Cintora, 2015  
© Iñaki Gabilondo, por el prólogo, 2015  
© Espasa Libros, S. L. U., 2015

Fotografías de interior: archivo personal del autor

Depósito legal: B. 6.883-2015  
ISBN: 978-84-670-4405-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain  
Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Espasa Libros, S. L. U.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

# ÍNDICE

PRÓLOGO: TODOS LOS PRONÓSTICOS SE INCUMPLIERON, POR IÑAKI GABILONDO .....	11
1. JESÚS, COMO EL NAZARENO .....	15
2. TOCANDO FONDO .....	19
3. ¡CAPITAL, EL BANCO SE HUNDE! .....	29
4. «RAÍCES VIGOROSAS» .....	43
5. BUSCO EMPLEO .....	55
6. «MONJA COJONERA» .....	65
7. ¡CORRUPTO! ¡Y TÚ MÁS! .....	83
8. CHORIZOS CON REVILLA .....	95
9. «LUIS, SÉ FUERTE» .....	105
10. PUJOL, LA URRACA Y LOS NIDOS .....	117
11. HACIENDA, CASI TODOS .....	131
12. CAPITALISMO DE AMIGUETES .....	145
13. OIGA, DOCTOR .....	157
14. PABLO, EL COLETAS QUE LES PONE LOS PELOS DE PUNTA .....	173

ÍNDICE

15. SÁNCHEZ: PEDRO ENTRE TODOS LOS DISCÍPULOS .....	185
16. ALBERT RIVERA, «NARANJITO» .....	199
17. ALBERTO, EL OTRO GARZÓN .....	213
18. EL PABLO DEL PP .....	225
19. IRENE, DEL PARTIDO DE ROSA .....	243
20. ESPANTAPÁJAROS .....	253
GRACIAS .....	267

# 1

## JESÚS, COMO EL NAZARENO

Recuerdo un día en el que cargué el petate, me despedí de mi madre y cogí un tren rumbo a la ciudad. Creo que los que somos de provincias quedamos marcados por algo así toda vida. Pienso que no hay infancia más libre que la de un pueblo y todavía hoy aspiro a volver un día y recuperar semejante tranquilidad. Lo que pasa es que elegí el oficio de periodista, tuve que hacerme universitario y, más tarde, incluso me di cuenta de que no bastaba con eso y tenía que saber comunicar. Comunicar para conectar con la gente, para que te crean, para que te sigan, para que unos te pongan a parir un día y otros sientan que les estás contando la realidad. Mi apuesta fue por esto último.

Aunque, claro, comprometerse con el intento de reflejar lo que otros oscurecen tiene el peligro de que te puedes quemar. Lo asumo, porque no entiendo este trabajo sin correr ciertos riesgos, una vez que he aprendido que somos números en la cuenta de alguien al que, a menudo,

si haces lo que debes, vas a incomodar. Al poder no le gustan demasiado los focos. Si puede ser que la gente esté distraída en la penumbra del cine, para qué va a venir alguien que deje de contar la misma película.

La línea del tren que cogí aquel día la cortaron al poco tiempo. Cuando uno experimenta determinadas vías muertas tiene la posibilidad de cambiar de trayecto, quedarse en tierra para siempre o buscarse la vida por otros medios. Me tocó ir y venir por carreteras secundarias. Tuve que hacer muchos kilómetros hasta coger un día la autopista, porque por entonces en mi camino de ida y vuelta ni existían. Y como sentir que te quitan el tren, que no hay autovías, ni aeropuertos, en cierta forma encabrona, empecé a preguntarme por qué. Como yo no era el único pasajero, vi que los había conformes con la situación, que pagaban el billete y se quedaban dormidos en el trayecto, mientras otros aprovechábamos para tomar notas del paisaje y pensar que otros viajes eran posibles y quedaban caminos que recorrer.

El libro que tienes ante ti es simplemente uno de esos cuadernos de apuntes. Me cuesta dormirme cuando hay tantos baches y, con el incordio de tanto rebote, me he puesto a pensar cómo, dónde, cuándo... se podrán arreglar. Para esta tarea he reunido a una buena cuadrilla. Cada uno en lo suyo y cada uno con su plan. Somos simples obreros del asfalto. Eso sí, quiero ser sincero y decirte que, con socavones o sin ellos, nadie hará el trayecto por ti.

Te voy a contar historias de una crisis que primero no existió y ahora nos quieren colar. Hay casi un 25% de

paro, empacho de chorizos que se repiten hasta causar indigestión y siguen viniendo curvas. Viajamos juntos en autobús y, aunque te digan que puedes ir desabrochándote el cinturón, no lo hagas. Y más si estás viendo que el conductor no cambia las luces cortas y no está claro si agarra bien el volante. Si además le estamos cantando que toque el pito y no hace caso, hay más razones para pensar que en cualquier momento puede quedarse dormido.

Ya sabes que en el pasaje estamos fichados. Aquí van Pablo Iglesias, Pedro Sánchez, Alberto Garzón, Albert Rivera, Pablo Casado, Miguel Ángel Revilla, sor Lucía Caram, Antón Losada, Ernesto Ekaizer, Cristina Fallarás, José Carlos Díez, Elpidio Silva, Jaime González, Diego Cañamero... A ver lo que cuentan para amenizar el viaje.

A mí el revisor me preguntó mi nombre y le dije: Jesús Cintora. Me preguntó si había dicho «cintura», le dije que no una vez, y otra, y otra, y al final le contesté que lo dejara en Jesús, como el Nazareno, pero que esperaba que no viajáramos camino del Calvario. Me había tocado un poco las pelotas que me confundiera tanto, pero se lo dije con una sonrisa en la boca. Hay que tomárselo con humor, que el viaje no sabemos dónde termina. Ponte cómodo.



## 2

### TOCANDO FONDO

«Mi hijo Lucas tiene doce años y tres amigos en clase que, al igual que él, han sufrido desahucios. Van a un colegio concertado, medio pijo, pero saben ya lo que es que los echen de casa. La orden para desahuciarlos llegó en 2012, pero desde 2010 vivíamos en una situación muy precaria. Cuando no era el agua, era la luz... Nos llegaban los avisos del banco... Fue brutal. Años de horror». Quien cuenta esto es Cristina Fallarás. Como dice ella, de los pobres que no lo parecen, o de esos que nunca piensas que hayan llegado a esta situación de pobreza. «Cuando te quedas en la calle con dos niños la vida lógicamente te cambia. Pensé que quizá podía ir a casa de mi madre, pero también se estaba quedando sin nada. Por eso acabamos viviendo en una cabaña, en el bosque, porque una periodista me hizo una entrevista y tuvo a bien tener ese gesto conmigo, hasta que saliera adelante. Te hablo de una cabaña muy pequeñita, con una habitación para cinco en la familia».

¿Cuántas historias hay como la de Cristina? ¿Cuántos pasaron de tener una vida acomodada, con una formación envidiable, a acabar en la calle? Hay una frase de la España en crisis que puede quedar para siempre esculpida como un insulto a la inteligencia: «Hemos vivido por encima de nuestras posibilidades». Evidentemente, los hay que así lo hicieron, pero son una enormidad los que se ganaron a pulso un puesto de trabajo y lo perdieron, buscaron otro y no aparecía, y se encontraron con que tenían que sacar la familia adelante. «Como mujer nacida en los años sesenta, yo me cultivé, fui al colegio, a la universidad, para tener un trabajo, dinero para montar una familia, veintitantos años de profesión, he currado duro, no me he hecho *yonki*, no he robado, no he asesinado, no he incumplido mi parte... Así se construye nuestra sociedad desde los egipcios, pero mi trayectoria se rompió», cuenta Fallarás.

«La primera vez que fui a la Cruz Roja pidiendo dos cajas de leche me dijeron que tenía que demostrar que era pobre. Claro, yo no tenía pinta de pobre. No la había tenido en la vida. Bueno, ahora un poco más, porque la mitad de los que nos hemos quedado pobres en esta crisis somos gente que tenemos ropa de otra época... Cuento esto porque aquí, quizá, el asistencialismo está ligado a la apariencia. Y es que antes no había pobres de este tipo. Esto es durísimo. Al final siempre se come, patatas, pasta varios días seguidos o lo que sea. Se buscan. Y sobrevivir en el día a día, cuanto más jodido sea, más te liga a la lucha por la supervivencia que te hace fuerte».

Para conocer a Cristina Fallarás, como compañera habitual de nuestro programa en la tele, nos unió el tren. El de alta velocidad. El más moderno. Ese ferrocarril que costó un ojo de la cara a los españoles y que, en más de un caso, fue una de esas inversiones que se hicieron en algunas provincias como un despilfarro. Cuando éramos ricos. Cada ciudad quería tener su AVE. Y algunos políticos, como el cacique del pueblo, lo prometían y allí lo inauguraban, generalmente en época preelectoral. Hay paradas del tren de alta velocidad muy necesarias, que han sido todo un logro. Otras, una auténtica vergüenza, porque están infrautilizadas y nos han costado un riñón gastando, aquí sí, por encima de nuestras posibilidades, mientras se bajaba la inversión en otras vías de transporte, como los propios trenes que no eran AVE y ya no daban para que se hicieran fotos de inauguración algunos pájaros.

El tren más moderno que a Cristina y a mí nos unió en Madrid tiene su contraste en otros vagones en los que ella se tuvo que colar durante mucho tiempo, porque no le daba ni para pagar el billete. «Hasta 2014 bajábamos de la casita que te decía antes, y de ahí teníamos que ir hasta el pueblo más cercano, que estaba lejos, para allí coger un tren hasta Barcelona y luego el metro para ir al colegio. En esa aventura diaria nosotros nos colábamos cada día. Mi hijo ha crecido colándose en el metro y en el tren para ir al colegio. Veía a su madre con la falda y los tacones saltando por encima de la valla. Eso no se borra. Y yo sola he vivido historias peores. Una vez volvía de Madrid de un programa y no tenía dinero para comer algo. Así que le dije al

revisor que llevaba desde las seis de la mañana viajando, eran las ocho de la tarde y estaba mareada. Le pedí por favor un bocadillo, porque no llevaba un duro: “Mira, compañero, vengo de trabajar, tengo hambre y me mareo”. De hecho, en el metro, cuando aparecía el tipo que vigilaba las entradas y nos decía que no podíamos colarnos, yo le decía: “¿Es tuyo el metro o qué? ¿Cuánto te pagan por estar aquí vigilándome?”. Al final, el tipo nos abrió directamente la puerta por las mañanas para que pudiéramos entrar y hasta nos llamaba por nuestros nombres. Cuando alguien me dice: “Voy a vivir sin agua”, yo le contesto: “Espera, que te voy a decir cómo se conecta, así se roba de la escalera”. ¿Tú crees que tantos cientos de miles de familias que no pueden pagar viven sin luz? No. Algo hacen. Este tipo de preguntas te las haces solo si lo has vivido. Puedes apelar a una ley, pero el hambre aprieta. Mi hijo me ha visto pelear como una fiera. Siempre me decía: “Mamá, no empieces con lo de que el tren es tuyo”. Eso sí, a mi hijo constantemente le explicaba que lo público era nuestro y había que protegerlo, cuidarlo, usarlo, porque si no lo usábamos, nos lo quitaban. La pena es que a veces no haya podido pagarlo. E incluso a menudo me ha servido como coartada. Si no había dinero para el cine, he podido decirle que no teníamos para unas entradas, pero nos sentábamos en un banco, porque era nuestro y había que aprovecharlo».

Recuerdo haber hablado tantas veces con los viejos de mi pueblo aquellas historias de hambre y posguerra. Ahora, afortunadamente, no ha habido un conflicto bélico,

pero ese «yo en mis tiempos» que tantas veces he oído decir a unos cuantos abuelos, sacando pecho, sí podrán decirlo miles de chavales que saben lo que es pasar hambre y miserias, en unos tiempos de dura crisis económica. Con el desgarrar añadido de que, algunos de ellos, pasaron de tener el regalo que se pedían en los Reyes Magos a ver cómo eso se truncaba porque la crisis había entrado en casa. «Lucas tuvo una primera infancia estupenda. Íbamos a esquiar, pasábamos fuera fines de semana... Como mi hijo hay cientos de miles de niños en España. O millones. Y esto cala, porque eso cambió siendo aún pequeño y la infancia marca. Nuestra generación puede estar viviendo problemas laborales, pero tuvo una niñez estupenda. Muchos niños hoy están teniendo esta infancia atroz. Mi hijo comparte esta experiencia con otros compañeros de clase. Y eso que es un colegio muy mono, de ese tipo de cosas que elegíamos antes, con un aula por curso para que los alumnos puedan ser atendidos, moderno... Ahora me parece una idiotez. Él sabe que nunca ha tenido ropa que hayamos comprado en tiendas. Hasta estas pasadas Navidades no he podido comprarle un par de jerseys y unos pantalones. La ropa nos la dan las madres del cole, porque hacemos intercambio las madres pobres, pasando de los mayores a los pequeños. Mi hija Pepa jamás ha tenido ropa suya».

¿Cómo serán estos chavales mañana? ¿Cuánto les marcará lo que han vivido? ¿Tendrán una conciencia más o menos política? ¿Más comprometida, más aborrecida, más desengañada o más revolucionaria? Fallarás cree que

«de momento muchos saben que a través de la solidaridad de otros o de redes como la Plataforma de Afectados por la Hipoteca hemos podido salir adelante. Además, es algo que yo me obligo a decírselo. Y seguramente les hace más listos. Mi hijo Lucas el otro día oyó la noticia de que cambiaban todos los sistemas de radar para los coches en Barcelona. Me dijo: “Seguro que Mas tiene algún amigo que fabrica radares y hay que colocarlos”. La idea de que si funcionan para qué iban a cambiarlos, si no era para ganar más dinero, la tenía absolutamente interiorizada. Yo confío muchísimo en las lecciones que da la pobreza. De la misma manera que un país se reconstruye después de una guerra, porque la gente arrima el hombro, las carencias de los pobres pueden llevar a exigir a los gobernantes medidas que nos saquen de la pobreza y después vigilarles para que no vuelva a construirse un sistema corrupto».

«La Fallarás» tiene incluso un punto antisistema que a menudo yo le disculpo. Las ha pasado canutas y muchas veces habla con una espontaneidad que no sé si es rabia o la sabiduría que da el fracaso y el éxito de haberse levantado: «En la primavera de 2008 yo estaba de subdirectora del diario ADN y en una tertulia de Onda Cero dije que me parecía estupendo que hubieran boicoteado a una diputada del PP en la Universidad de Barcelona. Se montó un pollo y a mí me suspendieron de empleo y sueldo durante dos meses. Me obligaron a pedir disculpas públicas. Federico Jiménez Losantos abrió el informativo de la COPE con esta noticia. Fue brutal. Después, puedo decirte que yo he ido a un escrache a la casa de un cargo políti-

co para decirle “mírame a la cara”. Tú hacías un reportaje sobre desahucios o el paro y ahora puedo decirte que algunos de nosotros hemos sido los protagonistas de estas historias, porque nos ha tocado a todos, incluidos los periodistas, y eso rompe un discurso. Fíjate que yo había trabajado ya en la tele, pero volví años después a intervenir en una cadena de ámbito nacional como una desahuciada, como entrevistada. Tengo la percepción muy clara de que hay algo en el contrato social que se ha roto en estos años. Vivir significa tener un techo y poder comer. Yo estoy respetando tus leyes, pero tú no me estás permitiendo esto, que es lo más básico. Entonces, ¿por qué las debo respetar si tengo que sobrevivir? Ahí tengo yo un problema ético brutal, porque me noto a mí misma un desacato constante a la autoridad. Si ahora prohibieran los escraches o el intento de la gente de evitar un desahucio, que hagan conmigo lo que quieran, pero yo estaré ahí la primera evitando que a esas personas les tomen el pelo o las desahucien, porque considero que hay leyes injustas. Ya me atenderé a las consecuencias. La mayor canallada del Gobierno ha sido culpabilizar al pobre. Un padre se siente culpable cuando no lleva comida a casa. Y lucha. Cuando nos dicen que hemos vivido por encima de nuestras posibilidades, piensas que el problema para muchos de nosotros no ha sido ese, que no hemos tirado como ellos el dinero. El gran conflicto en España es que menos de la mitad de la gente se ha quedado arriba y el resto ha ido bajando. Una gran parte incluso se desplomó absolutamente. Lo siguiente es darle vueltas a la cabeza a la idea de por qué me ha pasado

a mí esto. Y a veces viene implícita otra pregunta: “¿Por qué a mí y no a ti?”. Y en esa mezquindad que el sistema te mete dentro y te hace peor, puedes hacerte suficientemente valiente para mirarte al espejo y darte fuerzas. Piensa que a mí, cuando me desahuciaron, me entrevistaban y no me preguntaban dónde iba a vivir, cómo estaban mis hijos, cuántas veces me había amenazado el banco o cuántas habían ido a la puerta de mi casa a dar golpes. Me preguntaban sobre todo cuánto ganaba y cuánto valía el piso. A menudo sentía que me estaban culpabilizando, porque daban por hecho que la vivienda valía mucho, cosa que, en mi caso, no era cierta».

Son muchos también los que se hipotecaron, porque para vivir bajo un techo e independizarte tenías que pasar por ese aro. El sistema estaba así montado. Pienso en una gran ciudad como Madrid, donde tanta gente estaba y está en la tesitura de pagar un alquiler de casi mil euros o hipotecarse para pagar una cuota algo menor o parecida. Los sueldos eran en muchos casos de mileurista, pero sabías que, para independizarte, había que cumplir con un peaje del 70% de tu sueldo o más. Esto ha ocurrido con frecuencia. Los hay que confiaron en ese sistema y todo esto se vino abajo, porque para pagar dependían de su puesto de trabajo y lo perdieron. Con bocas que alimentar, recibos pendientes y el banco pisándote los talones.

«Más de una vez —dice Cristina— me he preguntado cómo afectará a un niño ver a su padre darse cabezazos contra la pared, que yo lo he visto, porque no tiene qué darle de comer, en una sociedad que es rica. Son millones



de niños los que ven a sus padres preguntándose cómo van a poder pagar la luz; o quizá no, pero está ocurriendo en sus casas. Muchos verán a su padre llorar desesperado y no sabrán por qué. Yo he dicho a partir de las cinco de la tarde “todos a la cama, debajo del edredón”, porque no había para calefacción. Eso sí, esos niños cambiarán España y cambiarán el mundo. No me cabe duda. Han vivido una infancia de mierda, pero se han endurecido y, a la vez, ¡ojo!, porque hemos sido padres pobres, pero no incultos. En nuestra generación casi todos hemos aprobado primaria y secundaria, y muchos tenemos una carrera o similar. Por cierto, esto que les vendrá bien a nuestros hijos pequeños parece que lo olvidan nuestros políticos, que son mayores, porque muchas veces nos siguen hablando como cuando España era casi analfabeta. Ves el Telediario y sale Rajoy diciendo estas cosas de “la crisis es mala”... ¡Nos ha jodido mayo con las flores! Aunque, claro, cuando mi hijo me dice “¿para qué voy a estudiar?, ¿para ser como tú o qué?”, yo a duras penas puedo decirle nada. Más allá de la rabia contra el Estado o contra quien sea, todo esto genera una ruptura de identidad y no sabes quién eres. Durante una época yo pensé que me iba a hacer alcohólica o algo así. No podía vivir, no podía mirarme por las mañanas al espejo, porque no me reconocía. Y teniendo hijos era todo mucho más brutal».

Creo que hay una herida que queda en casos como estos, que es la desconfianza. Desconfiar hace a menudo que la gente no consuma, y esto frena la economía y esa desconfianza es también una losa para que cada uno dé lo

mejor de sí mismo. Siempre recuerdo a esos abuelos que no querían hablar de política, porque la guerra y la posguerra les dejaron un pánico atroz. Ahora veo a gente como Cristina que son valientes, pero que, aun con esa valentía, albergan lógicamente el temor de volver al bache en el que tropezaron: «Yo estoy viendo, tiempo después, que la ruptura no cicatriza tan fácilmente. No me fio de que no me lo vayan a quitar todo y vuelva a verme al día siguiente en la calle sin nada. No recupero esa quiebra. Tuve hijos con la creencia de que tenían la vida solucionada, escribía mis articulillos, iba a mis tertulias, tenía unos años mejores que otros, pero, bueno... Ahora ya no me fio. Sé que ahora funciona, pero puede no funcionar mañana. Y me he convertido en alguien feroz. Lo que se ha roto ahí es brutal. Y también lo es para esas familias que no lo saben expresar como yo, pero lo padecen. Y, mira, estoy aquí, en un piso alquilado en Madrid, y dentro de dos semanas vendrán mis hijos. Acabo de crear este espacio gracias al “programa de Cintora” —como me dicen en la calle— y a que en él he tenido un hueco para expresar algo de una manera que antes no había podido hacerlo. Incluso porque me permiten decir cosas que antes no podía».